

SECCIÓN PLURITEMÁTICA

PREMIO DEL INTERNATIONAL JOURNAL OF PSYCHOANALYSIS AL MEJOR TRABAJO PUBLICADO DURANTE EL AÑO 2002

La necesidad de verdaderas controversias en psicoanálisis¹

Los debates sobre M. Klein y J. Lacan en el Río de la Plata

Ricardo Bernardi²

Resumen

Las controversias forman parte del proceso de conocimiento científico. En psicoanálisis, la diversidad de posiciones teóricas, técnicas, y epistemológicas hace que los debates sean particularmente necesarios a la vez que difíciles. La función de las controversias, así como los obstáculos para su desarrollo, son examinados tomando como ejemplo debates ocurridos en el Río de la Plata (Buenos Aires y Montevideo) durante la década de 1970, cuando las ideas kleinianas dominantes entraron en contacto con el pensamiento lacaniano. Se examinan los diferentes discursos argumentativos, utilizando conceptos tomados de la teoría de la argumentación. Las dificultades mayores halladas no dependían de características propias de las teorías psicoanalíticas (por ejemplo, la falta de conmensurabilidad entre ellas), sino de estrategias defensivas destinadas a mantener las premisas de cada teoría a salvo de los argumentos de la otra parte. Un verdadero debate implica la construcción de un campo argumentativo compartido, que permita el despliegue y la interacción de las distintas posiciones, y se guíe por la búsqueda del mejor argumento. Cuando esto ocurre, las controversias constituyen un estímulo para el desarrollo de la disciplina, aún cuando no logren llegar a consensos. (186 palabras)

Summary

**The need for true controversies in Psychoanalysis
The debates on Melanie Klein and Jacques Lacan in the Rio de la Plata**

¹ La versión original de este trabajo fue publicado en el International Journal of Psychoanalysis 2002.vol 83, part4 p851-873. Una primera versión en español se ha publicado en Psicoanálisis Focos y Aperturas. Montevideo Psicolibros 2001

² . Miembro Titular de A. P. U. - S. Vázquez 1144 - E-mail: bernardi@chasque.apc.org Montevideo Uruguay

Ricardo Bernardi

Controversies are part of the process of scientific knowing. In psychoanalysis, the diversity of theoretical, technical and epistemological positions makes the debate particularly necessary and by the same token difficult. In this paper, the author examines the function of controversies and the obstacles to their development, taking as examples the debates held in the Río de la Plata (Buenos Aires and Montevideo) during the nineteen seventies, when the dominant Kleinian ideas came into contact with Lacanian thought. The author examines different examples of argumentative discourses, using concepts taken from the theory of argumentation. The major difficulties encountered did not hinge on characteristics pertaining to psychoanalytic theories (i.e. the lack of commensurability between them), but on the defensive strategies aimed at keeping each theory's premises safe from the opposing party's arguments. A true debate implies the construction of a shared argumentative field that makes it possible to lay out the different positions and see some interaction between them and is guided by the search for the best argument. When this occurs, controversies promote the discipline's development, even when they fail to reach any consensus.

Descriptores: **TEORIA PSICOANALÍTICA / TEORIA KLEINIANA /
TEORIA LACANIANA /**

Autores-tema: **Klein, Melanie / Lacan, Jacques / Baranger, Willy /
Leclaire, Serge /**

Introducción

Ciertos problemas metodológicos y epistemológicos del psicoanálisis actual se ponen de manifiesto en forma muy clara cuando se estudian las situaciones de disenso teórico o técnico que se producen entre analistas. Frente a las discrepancias, cada una de las posiciones está invitada -al menos en principio- a fundamentar sus afirmaciones, exponiendo las razones en las que se apoya. El estudio de estas razones debería permitir comprender mejor los problemas en discusión, evaluar las distintas soluciones propuestas e identificar los consensos o los puntos en que no hay acuerdo y necesitan mayor investigación. Más aún: como analistas sabemos que es necesario tener presente las fuerzas inconscientes que pueden influir en contra de la aparente racionalidad de un proceso discursivo. El examen de las fundamentaciones esgrimidas en las situaciones de disenso debería abrir las puertas a una comprensión mayor sobre la forma en que está siendo manejado a nivel inconsciente el problema del narcisismo y de la alteridad, que toda discusión pone en juego. También llevaría a que cada uno de los participantes se cuestionara sobre su relación inconsciente con las teorías analíticas y lo que pueden significar ciertos autores o ideas en la historia personal de cada uno. Si todo ocurriera como lo acabo de describir, estaríamos frente a un panorama alentador, en el que las sucesivas generaciones de analistas dispondrían, ante sí, de una visión clara de los progresos realizados por la generación anterior, de los diferentes caminos teóricos y técnicos que permitirían nuevos avances y de las razones aducidas para preferir unos a otros. Al mismo tiempo, la experiencia del análisis personal permitiría manejar mejor la incertidumbre y hostilidad que genera el debate, así como los conflictos inconscientes y restos transferenciales que inciden en la elección de teoría. Creo que a esta altura nadie duda que estoy describiendo un panorama más ideal que real, que en esta era "post", suena como un sueño del Iluminismo³.

De hecho, los debates o controversias científicas son posibles, aunque difíciles. Si observamos los debates que tienen lugar en psicoanálisis -sea en forma escrita, oral, o a foro interno, esto es, cuando una persona discute un tema consigo misma- encontramos que existen una serie de factores que tienden a restringir el alcance de los mismos. El número y la heterogeneidad de las posiciones existentes en nuestra disciplina, así como el carácter borroso de los límites entre ellas, hacen que sea muy difícil, si no imposible, tomar a todas en cuenta en el momento de abrir un debate. Incluso las controversias que han tenido mayor repercusión internacional, como las que se dieron en la Sociedad Británica en la década de 1940, se limitaron a las ideas dominantes dentro de la tradición local. Pero aunque sea necesario aceptar este carácter restringido de los debates, resulta de suma importancia, teniendo en cuenta la integridad del campo del psicoanálisis, examinar aquellos debates que se dan entre concepciones psicoanalíticas que difieren sustancialmente en sus supuestos teóricos, técnicos y epistemológicos. Este estudio debe realizarse en base a

³ Debemos, con todo, ser cautos al renunciar a los sueños del Iluminismo. La crítica a una concepción demasiado estrecha de la razón no significa que se deba abandonar toda forma de racionalidad. El psicoanálisis mismo nació y sigue ligado a una cierta racionalidad, como lo expresa Steiner, R. (1995: 442): "In fact, both the scientific and the curative norms of psychoanalysis imply the acceptance and the use of logical presidia and moral values which stem from a particular blending of the liberal radical tradition with the Enlightenment and Romantic traditions of Western European culture without which psychoanalysis could not have been born".

ejemplos particulares, procurando al mismo tiempo llegar a conclusiones que puedan tener validez general.

Desde el punto de vista histórico, la influencia ejercida por S. Freud no facilitó la creación de una cultura del debate y del libre examen de las diferencias, favoreciéndose, en cambio, el uso de los argumentos de autoridad y la exclusión de las posiciones divergentes. Recién en las últimas décadas se avanzó en forma lenta pero segura en el reconocimiento de hecho y de derecho del pluralismo teórico y técnico del psicoanálisis. Pero la existencia de diversas posiciones hizo necesario clarificar los puntos de acuerdo y desacuerdo entre ellas, para identificar tanto los consensos reales como los puntos abiertos a la discusión. Las controversias científicas se convierten, por tanto, en un camino ineludible para que la disciplina pueda avanzar frente a la diversidad de opiniones.

Para que la controversia sea posible se requiere un mínimo acuerdo previo sobre los procedimientos metodológicos y las bases epistemológicas que van a regir en la discusión, de modo que los argumentos ofrecidos por cada parte puedan ser evaluados de común acuerdo. Sin embargo, no es fácil lograr criterios compartidos. Al estudiar la política editorial de las publicaciones psicoanalíticas, D. Tuckett llega a la siguiente conclusión: "For those who believe in psychoanalysis, the discipline's frequent failure to develop an ongoing methodology of rigorous debate to sustain it should be a mayor concern" (Tuckett, 1998: 446). La primera necesidad es, pues, disponer de procedimientos que permitan discutir acerca de los procedimientos.

Freud había aconsejado llevar los disensos ante el tribunal de la experiencia clínica, poniendo a prueba las posiciones divergentes ante casos y problemas clínicos particulares.

Dice Freud (1918 [1914]:48):

"As a rule, however, theoretical controversy is unfruitful. No sooner has one begun to depart from the material on which one ought to be relying, than one runs the risk of becoming intoxicated with one's own assertions and, in the end, of supporting opinions which any observation would have contradicted. For this reason it seems to me to be incomparably more useful to combat dissentient interpretations by testing them upon particular cases and problems."

Pero, en los hechos, al tribunal clínico no le es fácil llegar a decisiones unánimes e incontrovertibles, siendo frecuentes las discrepancias acerca de la interpretación correcta de un material. La insuficiente confiabilidad de los juicios clínicos constituye un problema en el momento de apoyar en ellos los desarrollos teóricos. Este problema se vuelve más manejable si se distinguen los distintos contextos a los cuales pueden pertenecer los juicios clínicos, y en función de estos contextos, los caminos de avance también diferentes que se abren.

Señalaré tres tipos de contextos:

- a) Los juicios clínicos psicoanalíticos pueden ser utilizados para fundamentar decisiones en el campo de las ciencias de la salud. La medicina se ha encontrado con problemas similares de falta de consenso en el campo clínico. El movimiento llamado "Medicina basada en pruebas" (*Evidence Based*

Medicine», Sackett et al., 1997) intenta hacer frente a la disparidad de juicios clínicos sobre la eficacia de los tratamientos, desarrollando procedimientos metodológicos que permitan evaluar el grado de sustento científico de los distintos enfoques terapéuticos. La idea de «tratamientos sustentados empíricamente» (“empirically supported treatments”) es un tema actual de discusión para las distintas psicoterapias, que involucra también al psicoanálisis⁴. Es probable que los avances en la investigación sistemática del proceso y de los resultados de los tratamientos permita responder cada vez con mayor precisión a cierto tipo de preguntas, tales como qué enfoque terapéutico beneficia de qué manera evidenciable a qué tipo de pacientes y por qué medios lo logra. Es probable, también, que los campos vecinos (neurociencias, estudios sobre el desarrollo infantil, psicología cognitiva, estudios epidemiológicos, etc.) puedan aportar conocimientos útiles en relación a algunas otras preguntas (ciertamente no a todas), que se plantea hoy el psicoanálisis. Interesa destacar que en todos estos casos los conocimientos se apoyan en procedimientos metodológicos bien definidos, y que cuando ocurren discrepancias, son estos procedimientos los que pasan a constituir el foco de la discusión, pues ellos proveen los criterios en los que se apoya la argumentación⁵.

b) Otras cuestiones que forman parte de las controversias psicoanalíticas caen, sin embargo, fuera de este tipo de procedimientos estandarizados. Algunas de estas cuestiones son indecibles, esto es, no es posible, en el estado actual de los conocimientos, decidir acerca de su verdad. Aunque estas preguntas puedan referirse a problemas de indudable interés último o filosófico (por ejemplo, muchos temas de la metapsicología referidos a la naturaleza del inconsciente, de la pulsión, etc.), no existen dentro de la disciplina procedimientos que permitan dar una respuesta concluyente a estas preguntas. Su mención durante el debate, sin embargo, puede resultar útil para brindar información sobre las premisas o el marco de referencia de cada una de las partes, o bien para fines heurísticos, estimulando el surgimiento de ideas nuevas.

c) Un tercer tipo de cuestiones, situadas en el centro de la investigación clínica y teórica psicoanalítica, suscita otra clase de problemas. Son preguntas que se refieren al significado inconsciente de las experiencias subjetivas e intersubjetivas que se dan en el análisis, y a cuál es la mejor manera de

⁴ Por ejemplo, en el 42º Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional (Niza, 2001) tuvo lugar un Panel dedicado al tema de la Medicina Basada en la Evidencia.

⁵ Véase, por ejemplo, la discusión en torno a los tratamientos sustentados empíricamente en la «Special Section» dedicada al tema en: *Psychotherapy Research*, (1998, vol. 8, N°2: 115-171). También puede consultarse: Fonagy et al, 1998, : 52-58 (“An Open Door Review on Outcome Studies in Psychoanalysis” . Publicación electrónica de la International Psychoanalytical Association: www.ipa.org.uk)

conceptualizar estos descubrimientos clínicos. La discusión sobre estos temas, en el estado actual de la disciplina, se da mayormente en un plano hermenéutico, y los argumentos se apoyan en la intuición clínica enriquecida por la experiencia del propio análisis y en la reflexión crítica sobre los conceptos empleados. Cuando surgen interpretaciones divergentes no se dispone de procedimientos estandarizados para dirimir la cuestión, ni hay acuerdo sobre si esto sería posible o incluso deseable, habida cuenta de la distorsión que estos métodos podrían introducir en la consideración de ciertos problemas.

Encontramos, por tanto, que en el psicoanálisis tienen cabida diferentes tipos de preguntas, cuyas respuestas se apoyan en criterios de evidencia también diferentes. Es frecuente que en las controversias psicoanalíticas se discutan al mismo tiempo cuestiones de diferente naturaleza, sin que se haya establecido previamente cuál es el tipo de procedimiento que se considera válido para abordar a cada clase de problemas. Para comprender esta dificultad es preciso tener en cuenta que el psicoanálisis se ha nutrido históricamente tanto de la tradición científica como de la humanística, y los trabajos psicoanalíticos se acercan a veces más a una u otra de estas tradiciones. Pero los criterios que rigen las controversias, así como los procedimientos para lograr acuerdos, difieren en ambas tradiciones. Las humanidades no pretenden llegar a consensos del mismo tipo de los que buscan las ciencias. En esto juega un papel importante el problema de la decidibilidad. Discutiendo las ideas de R. Rorty sobre los problemas de conmensurabilidad en las ciencias y en las humanidades, Connolly y Keutner (1988: 57-58) hacen notar que si bien hay cuestiones decidibles e indecidibles tanto en las ciencias como en las humanidades, existe una diferencia entre ambas a este respecto. Mientras la decidibilidad ocupa un lugar central en los asuntos de los que se ocupan las ciencias (al menos en el estado de ciencia normal kuhniana), en las humanidades predominan las cuestiones indecidibles. El hecho de que el psicoanálisis incluya en un lugar importante ambos tipos de cuestiones contribuye para que las discusiones muchas veces no se den dentro de un lenguaje común, sino entre diferentes lenguajes con diferentes regímenes de verdad. Esto obliga a examinar en qué medida los participantes de un debate comparten las mismas premisas.

Las condiciones necesarias para un verdadero debate

Cuando los argumentos que son convincentes para una de las partes de un debate, no tienen valor para la otra parte, es frecuente que esto se deba a que cada una de ellas parte de premisas y supuestos diferentes, los cuales pueden no haber sido explicitados en el debate. Al hablar de “premisas” me refiero a los principios y categorías generales que organizan los conocimientos de una determinada teoría; con el término “supuestos personales” designo el contexto de ideas propio de cada autor, que refleja sus experiencias vitales, incluyendo las experiencias como analista y como paciente.

No es fácil que los participantes de una controversia acepten poner en discusión sus premisas y supuestos. Esto se debe a razones de distinta naturaleza, algunas de las cuales son de orden lógico y racional, mientras otras se comprenden mejor desde una perspectiva psicoanalítica.

Desde un punto de vista lógico, para que las premisas de cada parte puedan entrar en la discusión, es preciso que existan al menos algunos criterios compartidos que provean una arena neutral, esto es, un campo de discusión que no favorezca a una u otra posición. Esto permite que los participantes puedan convertir en tema de debate cualquiera de las discrepancias que emerjan en el curso del mismo; es decir, que en principio podrían ser cuestionadas todas las "verdades" aceptadas por las distintas escuelas psicoanalíticas. Estos criterios mínimos compartidos no necesitan ir, al inicio del debate, más allá de los principios que gobiernan el proceso secundario. Es función de la controversia misma el enriquecer estas premisas, estableciendo acuerdos progresivos sobre la naturaleza de las cuestiones que son discutidas y sobre los criterios que rigen la validez de los argumentos. Pero estos acuerdos mínimos iniciales sobre las premisas pueden ser difíciles o imposibles de establecer cuando lo que está en discusión son las reglas básicas que rigen el uso del lenguaje científico, como ha ocurrido en algunas polémicas recientes (Sokal & Bricmont, 1997, Bouveresse, 1999).

Las dificultades para incluir las premisas y supuestos personales en la discusión se comprenden mejor si examinamos el problema desde una perspectiva psicoanalítica. Las controversias ponen en juego la relación consciente e inconsciente de una persona con sus supuestos y teorías. En el caso de un analista, sus ideas teóricas y técnicas no tienen sólo un valor intelectual, sino que están unidas a su historia personal y a sus experiencias analíticas como paciente y como analista. Poner en cuestión estos supuestos y premisas genera fuertes sentimientos de incertidumbre, reactiva los restos transferenciales originados durante la formación analítica y la vida institucional, y moviliza conflictos narcisísticos. Todo esto tiende a limitar la capacidad de operar con perspectivas reversibles, esto es, a adoptar, aunque no sea más que como ejercicio metodológico, la posición de las otras partes. Hacerlo, significa aceptar la posibilidad de que las soluciones que uno mismo adoptó en su vida, como analista o como paciente, puedan ser incompletas o provisionales.

En otra parte (Bernardi, 1992, Bernardi y Nieto, 1989; Bernardi y de León, 1992) me he referido extensamente a la relación inconsciente del analista con sus teorías, así como a la necesidad de examinar esta relación en el análisis personal o por medio de una reflexión abierta al autoanálisis. Cabe ahora agregar que esta disposición personal es necesaria para que un analista pueda enriquecerse en una controversia científica. Si no existe una actitud abierta a examinar el significado inconsciente de las propias certezas, ellas pueden dar origen a procesos de identificación que desemboquen en un retiro narcisista. Las controversias ponen en juego múltiples aspectos personales, entre ellos, deseos de poder o prestigio, lealtades y enemistades de distinto tipo, etc. Pero también permiten que pueda asomar algo del amor a la

verdad. En el campo del psicoanálisis, el amor a la verdad comienza por estar dispuesto a reflexionar sobre uno mismo desde la perspectiva que otro nos ofrece. Llegamos así a un punto en el que convergen la perspectiva epistemológica y la propiamente psicoanalítica: para que exista un verdadero debate es necesario que se acepte la existencia de un espacio intersubjetivo, en el que las distintas partes puedan regirse por leyes comunes. Guiarse por la lógica del mejor argumento es, en definitiva, mostrar interés por lo nuevo que el otro puede decirme y estar dispuesto a cambiar si es necesario. En este trabajo quisiera mostrar la utilidad de las ideas de la teoría de la argumentación para examinar algunos de los problemas planteados por las controversias en psicoanálisis y para identificar posibles caminos de avance.

La teoría de la argumentación

La teoría de la argumentación ha tenido un desarrollo creciente en los últimos tiempos. Esta rama de la filosofía se sitúa en la tradición de la dialéctica y la retórica griegas, y hoy confluyen en ella enfoques epistemológicos, lingüísticos, psicológicos, sociológicos, etc. Estudia el modo en que se procede para lograr acuerdos en campos en los que no se pueden obtener demostraciones necesarias al modo de la lógica o la geometría (Toulmin, 1958). Como dice Perelman: “La naturaleza misma de la deliberación y de la argumentación se opone a la necesidad y a la evidencia, pues no se delibera allí donde la solución es necesaria y no se argumenta contra la evidencia” (Perelman 1983 [1958]:1). En su opinión, si se olvida que las pruebas usadas en la argumentación no son verdades lógicamente necesarias, se cae en el fanatismo que intenta imponer esas pruebas como si fueran verdades universales, o en el escepticismo que rechaza la validez de toda adhesión o compromiso en ausencia de ese tipo de verdades.

Toulmin señala que la epistemología debe estudiar los argumentos tal como ellos se dan realmente en los diferentes campos científicos.

Dice:

«In the natural sciences, for instance, men such as Kepler, Newton, Lavoiser, Darwin and Freud have transformed not only our beliefs, but also our ways of arguing and our standards of relevance and proof: they have accordingly enriched the logic as well as the content of natural science» (Toulmin 1958: 257).

En consecuencia, lo que propone Toulmin es examinar la historia, la lógica, la estructura y el *modus operandi* de las ciencias, usando la mirada de un naturalista, sin prejuicios importados desde afuera. Para decirlo en una frase, agrega, lo que se requiere, no es *teoría* epistemológica, sino *análisis* epistemológico.

Toulmin utiliza la noción de “*campo argumentativo*” (“*argumentative field*”) para designar el ámbito lógico en el cual los distintos argumentos pueden interactuar entre sí. Señala que, según la naturaleza lógica de los argumentos empleados, los campos argumentativos pueden volverse irreductibles (ibid.: 14 - 38).

Este mismo problema ha sido señalado por J. Sandler (1983:36) en otros términos:

«To the extent that different psychoanalysts share the same meaning-space for a concept or theoretical term, they can communicate relatively satisfactorily in that particular area. However, it may happen that their meaning-spaces for the concept are different, and then problems of lack of communication or pseudo-communication may arise».

La escuela holandesa (van Eemeren et al., 1993) hace confluír, en el análisis de la argumentación, una dimensión descriptiva y una normativa o ideal, lo que permite realizar una reconstrucción racional del discurso argumentativo y construir un modelo ideal de discusión crítica. *“The critical discussion model is a theory of how discourse would be structured if it were purely resolution oriented”* (p. 26).

La argumentación es vista como un tipo especial de regulación de desacuerdos:

“Our particular choice has been to develop a model that construes argumentation as a methodical exchange of speech acts among cooperative discussants” (p. 22).

Retomando la noción de campos argumentativos de Toulmin, los define como *“institutional frameworks that give content to the conduct of argument”* (p. 143).

Los campos argumentativos

«... provide standards or authority, legitimacy, objectivity, rationality, and acceptability. The field notion, then, stresses that all argumentative deliberation occurs within some sociohistorical context and that all reasoning is reasoning-incontext». (p. 143).

Este camino hacia la resolución de las discrepancias implica diferentes pasos: 1) identificar los desacuerdos entre las dos partes; 2) establecer acuerdos respecto de los medios por los cuales dicho desacuerdo puede ser zanjado; 3) permitir una exploración indefinida de los méritos de cada posición, culminando con; 4) el ogro de un acuerdo, o el mutuo reconocimiento de que no es posible lograrlo por el momento. En mi opinión, el acuerdo exigido por el punto 2 (esto es, acerca de los procedimientos para manejar las divergencias), está muchas veces ausente en las discusiones psicoanalíticas, sin que este problema sea tematizado en la discusión. En consecuencia, la exploración indefinida, tan amplia como necesaria, de las distintas posiciones (tal como lo pide el punto 3) no puede continuar, pues no están identificadas y aceptadas las cuestiones previas que haría falta clarificar para poder continuar el diálogo (p.26).

Van Eemeren et al, consideran que una reconstrucción dialéctica del discurso argumentativo debe incluir una consideración adecuada de los siguientes aspectos: a) los puntos en cuestión en el debate; b) las posiciones de las partes con respecto a dichos puntos; c) los argumentos explícitos e implícitos que las partes aducen para sus puntos de vista; d) la estructura de la argumentación, es decir, las relaciones entre los argumentos (p.60). El debate debería, por tanto, regirse exclusivamente por el valor de los argumentos.

Es bien sabido que en la realidad las controversias involucran no sólo ideas en conflicto, sino también una contraposición de intereses humanos de distinto orden, entre ellos, cuestiones de poder. Para que la controversia sea fructífera es necesario que exista una disposición a aceptar una serie de condiciones previas de naturaleza psicológica, social, epistemológica y ética, que garanticen el reconocimiento del valor de la argumentación. Esto es difícil, pero no imposible.

Los temas subyacentes al de la argumentación (la razón, la verdad, la comunicación), están en la agenda de la reflexión filosófica contemporánea. La posibilidad de una búsqueda de la verdad a través de la comunicación entre los hablantes ha sido analizada tanto desde la tradición hermenéutica continental (Dilthey, Heidegger, Habermas, Gadamer), como en la corriente inspirada en Frege, Wittgenstein, Quine y Davidson. La noción misma de razón, para Habermas, debe ser ampliada, de modo de dar un lugar central a los procesos comunicativos que, a través del diálogo y la confrontación, permiten alcanzar consensos libres de presión (*uncompelled consensus*), en los que la verdad sigue la lógica del mejor argumento.

Los problemas filosóficos referentes al alcance de la interpretación de lo que ocurre en otras mentes han sido revisados por Donald Davidson, quien asume una posición externalista, en la cual la comprensión interpersonal sirve de modelo para el autoconocimiento. Desde una perspectiva afín, M. Cavell (1993) señala que el idiolecto de cualquier persona puede, en principio, ser traducido al de cualquier otra: la diferencia de puntos de vista no tendría sentido si no existiera algo común a ellos, algo que es verdadero para los dos, aunque lo digan en forma diferente (Davidson, 1984, apud Cavell, 1993), lo cual reduce las pretensiones del escepticismo y del relativismo.

Quisiera volver, desde estos distintos aportes, al tema de las controversias en psicoanálisis y, en especial, a las dificultades existentes para constituir un campo argumentativo compartido.

La inconmensurabilidad como estrategia defensiva

En trabajos anteriores (Bernardi, 1989, 1992) señalé la dificultad que existe para determinar con precisión en qué medida las distintas teorías psicoanalíticas resultan entre sí coincidentes, opuestas (o incluso contradictorias), o complementarias. Planteé también la posibilidad de que ciertos aspectos de las mismas se hallaran en una relación de inconmensurabilidad en el sentido de Kuhn (1962), esto es, que por el hecho de partir de premisas distintas, carecieran de medida común⁶. En aquel momento me pareció que la inconmensurabilidad dependía de la propia

⁶ Kuhn (1962) señala que durante los períodos de ciencia “normal” existe un único paradigma dominante. Las “revoluciones científicas” se caracterizan por la aparición de un nuevo paradigma, que puede no ser conmensurable con el anterior, en cuyo caso no queda asegurada la compatibilidad lógica o la congruencia semántica entre ellos. Las disciplinas con múltiples paradigmas plantean constituyen una situación de otro tipo (Masterman, 1972), la cual podría corresponder al psicoanálisis (Bernardi, 1989).

naturaleza de las teorías, que tendían a configurar matrices disciplinarias heterogéneas entre sí, organizadas de acuerdo con sus propias necesidades internas de desarrollo lógico y semántico. Hoy en día estoy dispuesto a revisar esta opinión en el caso del psicoanálisis.

Las teorías psicoanalíticas se vuelven inconmensurables cuando sólo se acepta que sus hipótesis puedan ser discutidas a partir de las premisas desde las cuales han sido formuladas. A diferencia de lo que debería ocurrir en un círculo hermenéutico en el cual teoría y experiencia se enriquecen mutuamente, en el caso señalado las premisas pasan a fundamentarse a sí mismas, limitando la posibilidad de ser cuestionadas desde fuera de ellas o por los hechos de observación. Britton y Steiner (1994) han llamado la atención sobre la diferencia entre los “hechos seleccionados”, que son patrones (patterns) surgidos de la experiencia, y las “ideas sobrevaloradas”, en las que los hechos son forzados a encajar en una hipótesis o teoría previa del analista. En este último caso, los postulados y premisas de cada teoría pasan a determinar qué es lo que se debe considerar verdadero psicoanálisis y qué no. Como consecuencia se produce una circularidad en la que, para cuestionar ciertas ideas, es necesario previamente estar de acuerdo con ellas. De esta manera las premisas de cada posición se escabullen de toda crítica radical, pues quien parte de premisas distintas no encuentra un campo común para la discusión. Cualquier idea psicoanalítica, por valiosa que sea (p. ej., el conflicto inconsciente, los déficits primarios, las ansiedades tempranas, el papel del lenguaje, etc.), puede convertirse en una barrera para la discusión si se toma como premisa indiscutible, en vez de ser reconocida como una hipótesis que debe ser sometida a escrutinio. Correlativamente, es interesante señalar que con frecuencia quienes no coinciden con determinadas premisas, tienden a su vez a rechazarlas y desentenderse de ellas en bloque, sin tratarlas como hipótesis alternativas, las cuales deberían ser cotejadas con las propias hipótesis. Como resultado de esta reducción del campo de la discusión los discursos se vuelven no conmensurables.

Lo que aparece como inconmensurabilidad puede, por tanto, ser explicado como una estrategia defensiva de las propias posiciones, que permite limitar el campo argumentativo al círculo de ciertas ideas y excluir las hipótesis rivales. La controversia se interrumpe en los puntos de mayor tensión intelectual y emocional, esto es, cuando deben ponerse en cuestión las premisas y supuestos de cada parte⁷.

⁷ Desde el punto de vista de la teoría de la argumentación este cierre del campo del debate muestra que existe una falla en las precondiciones pragmáticas del debate, esto es, en la disposición de ambas partes a seguir examinando los fundamentos de las posiciones y a guiarse por la lógica del mejor argumento. Analizando el discurso fundamentalista desde la perspectiva de la teoría de la argumentación, van Eemeren et al. (1993: 164) dicen: “Incommensurability and the apparent closure of each field to the objections and challenges of the other are aspects of the way that representatives of these fields manage their encounters with one another”. Sobre este punto, en el cual el análisis puramente lógico es insuficiente, el psicoanálisis, como vimos, tiene mucho para aportar

La situación de inconmensurabilidad puede estar disimulada detrás de una aparente integración o pseudo-integración de teorías. Esto ocurre cuando se utilizan teorías psicoanalíticas muy diferentes entre sí sin que exista ningún tipo de cotejo entre ellas y sin prestar atención a la coherencia interna del razonamiento. Una integración verdadera entre teorías, por el contrario, implica la existencia de un debate al menos a foro interno, que asegure una interacción entre las distintas ideas y la posibilidad de transformación mutua.

¿Por qué cambian las ideas psicoanalíticas?

La controversia presupone una disposición a la búsqueda de la verdad, y por tanto a la recepción de nuevas ideas y a la modificación de las anteriores. De hecho, las ideas psicoanalíticas cambian a través del tiempo. Este cambio apareja una serie de interrogantes: ¿Qué ideas cambian? ¿Cuándo y por qué razones? ¿Con qué efectos o consecuencias? El problema del cambio no es exclusivo del psicoanálisis, sino que es un motivo de preocupación en ciencia, dando origen tanto a enfoques normativos (¿cuándo una teoría antigua debe ser abandonada? ¿cuándo una nueva debe ser aceptada?), como descriptivos (¿cómo es que ocurre realmente el cambio de ideas, qué es lo que enseña la historia?).

Muy esquemáticamente, podemos recurrir a tres modelos para explicar los mecanismos que llevan a la sustitución de unas ideas por otras:

a) El modelo científico clásico, en el cual las nuevas hipótesis son aceptadas cuando son capaces de resistir los intentos de contrastación (falsacionismo popperiano), o superan en pruebas (evidence) a las hipótesis rivales (inductivismo eliminativo).

b) El modelo kuhniano, según el cual un paradigma dominante persiste a pesar de las anomalías de las que no da cuenta, hasta que entra en una fase de agotamiento de su capacidad para explicar hechos nuevos, lo cual lleva al surgimiento de una nueva generación de científicos con otros paradigmas.

c) Modelos hermenéuticos, en los que distintas ideas coexisten sin entrar en conflicto ni reemplazarse totalmente, aunque puedan perder su dominancia. No hay pruebas decisorias ni refutación, ni tampoco agotamiento de una teoría anterior, sino una competencia entre diversas interpretaciones de la realidad, en la cual triunfan las que muestran un poder heurístico más acorde con las exigencias del momento. Las metáforas y analogías juegan un papel importante en los procedimientos de comprensión. Estos modelos, de naturaleza marcadamente metafórica o

analógica, pueden verse en todas las ciencias dentro del contexto del descubrimiento, pero son importantes sobre todo en las artes, en las disciplinas humanísticas y en campos de estudio poco disciplinarizados.

Cada uno de estos modelos orienta a la argumentación por diferentes caminos. Examinaré los debates en el Río de la Plata en un momento (década de 1970) en el que se produjeron cambios en las ideas dominantes. Intentaré identificar las razones aducidas para preferir unas ideas a otras, apoyándome en una reconstrucción dialéctica del proceso argumentativo. El estudio del contexto en el que ocurrieron los debates permite a la vez comprender el valor potencial que ellos pueden jugar en el proceso de recepción de ideas nuevas.

El contexto histórico de los debates en el Río de la Plata

Existen dos momentos en la historia del psicoanálisis en el Río de la Plata especialmente indicados para el estudio de los procesos de cambio en las ideas. El primero de ellos está caracterizado por la recepción y desarrollo de las ideas kleinianas, lo cual tuvo lugar en especial durante la década de 1950. Estas ideas permitieron el desarrollo de un psicoanálisis local con marcados aportes originales. El segundo momento es aquél en el cual dichas ideas kleinianas con aportes locales hasta entonces dominantes, dieron paso a una diversidad de influencias, entre las que se destacan ciertos autores (Winnicott, Bion, Kohut, etc.), y en forma especial, el psicoanálisis francés, acompañado de una revalorización de los textos freudianos. Me referiré en especial al debate que se dio entre las ideas kleinianas y las lacanianas en el contexto de la década de 1970, que se caracterizó al mismo tiempo por crisis y cambios a nivel de las instituciones psicoanalíticas y de la sociedad en general.

La primera comprobación que surge de la revisión de la *Revista de Psicoanálisis* (APA) y la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (APU), así como de otras publicaciones de ese período, es que si bien pueden constatarse los cambios mencionados, son escasos aquellos trabajos en los que un autor discuta las nuevas ideas, examine cómo se relacionan con las anteriores, describa las modificaciones en sus propias ideas, y explicita las razones de sus cambios. El volumen sobre técnica de H. Etchegoyen (1986) es uno de los que muestra con más claridad un cotejo sistemático de distintas posiciones, pero es posterior a la década que estamos considerando.

La recepción de ideas nuevas puede comprobarse a través de diversos indicadores: cambios en los índices temáticos de las revistas, la frecuencia de descriptores o en los autores referidos en las bibliografías, etc. En líneas generales, disminuyen las referencias a Melanie Klein o a los autores locales y aumentan las citas de Freud y los otros autores mencionados. Si bien no existen investigaciones bibliométricas sistemáticas, algunos estudios de

este tipo realizados sobre el tema de la contratransferencia (Beatriz de León et al, 1998) permiten confirmar esta impresión.

Los cambios no fueron sólo teóricos, sino que afectaron la práctica analítica. Un estudio realizado en Uruguay (Bernardi et al., 1997) sobre el tipo de interpretaciones relatadas en los trabajos de miembro asociado muestra un cambio apreciable en varios aspectos. Entre las décadas de 1960 y 1990 decrecieron en forma estadísticamente significativa las interpretaciones transferenciales y las referidas a la agresividad. También disminuyeron (aunque la variación no alcanza un nivel de significación estadística) las interpretaciones dirigidas a la sexualidad, el narcisismo o las que toman en cuenta la historia infantil del paciente. Desde el punto de vista cualitativo el cambio de estilo fue marcado, y resulta más fácil de percibir en aquellas interpretaciones que fueron evaluadas por los investigadores como poco ajustadas al material del paciente. Las interpretaciones con escasa precisión clínica de la década del 60 buscaban imponer la teoría kleiniana al paciente: el lenguaje era directo, asertivo y favorecía un diálogo en “ping-pong”. Las interpretaciones poco adecuadas de la década del 90 eran abiertas, temerosas y diluidas, dando la impresión de que el analista esperaba que el paciente llegara por sí solo a alguna conclusión; las defensas eran excesivamente contempladas, y la transferencia negativa era más apaciguada que trabajada. Las preguntas, casi inexistentes en los 60, pasaron a ser casi la tercera parte de las intervenciones del analista en los 90.

Es posible que en estos cambios no sólo hayan influido las nuevas corrientes o autores, sino también la situación misma de pluralismo teórico y técnico. La existencia de diversos marcos de referencia condujo probablemente a una actitud de mayor cautela, y tal vez de cierto desconcierto ante la dificultad para elegir entre ellos. Es probable que las controversias que tuvieron lugar en ese momento entre viejas y nuevas ideas hayan resultado insuficientes para clarificar las diferencias entre las diversas opciones teóricas y técnicas y para plantear caminos que permitieran obtener evidencia a favor de unas u otras.

Es un hecho bastante general que las nuevas corrientes que surgen en psicoanálisis no suelen realizar un cotejo sistemático con las otras corrientes existentes, limitándose por lo general a señalar los puntos más claros de discrepancia o coincidencia con alguna de ellas. En el caso de las ideas lacanianas no era, incluso, fácil establecer su relación con las ideas freudianas o con el resto del pensamiento francés. Incluso hoy, en Francia, no es sencillo delimitar su influencia entre quienes no son sus seguidores, como lo señala Widlöcher (2000).

Las primeras controversias entre el pensamiento kleiniano y el laciano

Una de las primeras confrontaciones entre el pensamiento kleiniano, tal como era conocido en el Río de la Plata, y el laciano, se dio en las discusiones que tuvieron lugar durante la

visita de S. Leclaire (discípulo de J. Lacan) a Buenos Aires y Montevideo. Las discusiones en la Asociación Psicoanalítica Uruguaya, en agosto de 1972, quedaron documentadas en dos volúmenes que recogen las exposiciones de Leclaire y los diálogos mantenidos con los miembros de la Asociación (Leclaire, 1972). Existía ya un cierto conocimiento del pensamiento de Lacan, que era estudiado por algunos analistas desde tiempo atrás. En ese mismo año había ocurrido la visita de O. y M. Mannoni.

La actividad estuvo constituida por 7 seminarios teóricos y 5 reuniones para discutir material clínico, el cual fue aportado por los participantes. En cuanto a los seminarios, tuvieron un carácter dialogado, pero, salvo Leclaire, no quedó registrado el nombre de las personas que intervinieron. Un comentario de Leclaire que aparece en el segundo de ellos permite ver la forma en la que se constituyó el foco de interés:

“Alguien quería (en la primera reunión) que yo hablase de nuestra concepción teórica de la fantasía. La otra pregunta... era concerniente a la relación que puede haber entre el lenguaje y fuerza pulsional (...) De todos modos yo pensaba que las conferencias que tengo que hacer estarían consagradas al problema de la pulsión, del objeto de la pulsión, de la fuerza de la pulsión y de su relación con... las palabras”.

En el tercero de los siete seminarios se plantea el tema de cómo concebir el cuerpo y los mecanismos de introyección. Leclaire, que venía de discutir en la Asociación Psicoanalítica Argentina sobre temas similares, interroga en forma directa a la audiencia en estos términos, invitando a la controversia:

Serge Leclaire: *“¿Se representan Uds. al cuerpo de otra forma que la de un recipiente provisto de algunas aberturas? (...) Si yo les planteo esta pregunta, es porque pienso que esta representación es ingenua en demasía y que, sobre todo, ella no corresponde a los datos psicoanalíticos de nuestra experiencia” (p.29).*

(...)

Intervención: *“El problema, me parece, es que, cuando Ud. utiliza el término “Körper-ich”: el cuerpo-vasija, usted mata la metáfora, la cosifica, porque no se presupone una vasija cerrada, un cuerpo cerrado. (...) O sea, que no creo que hay un afuera y adentro, pero sé que lo incorporo. Es como el yocuerpo expresa ese acto, pero no en una vasija que cierra” (p.33)*

S.L.: *“Yo estoy contento de oírlo decir [eso], pero no puedo evitar tener la impresión de que la referencia digestiva de la fantasía de felicidad sigue marcando vuestra forma de utilizar, por lo menos, el término introyección. Mientras que yo pienso que es mucho más importante considerar lo que está en juego en el proceso llamado de introyección, como una tentativa o una modalidad de integración en la estructura, de introducir un elemento susceptible de modificar su ordenamiento...” (p. 33).*

(...)

I: “¿Cuándo Ud. plantea la introducción de un elemento en la estructura, está pensando en un sistema o estructura intrapsíquica? (p. 34).

SL: “Volvemos a encontrar aquí el “intra” que siempre me molesta” (p. 34).

A continuación Leclair expone su concepción del cuerpo apoyándose en el modelo de la banda de Moebius (English: Moebius strip). J. Lacan utilizó esta figura de la topología para mostrar su concepción de ciertas relaciones que a primera vista parecerían constituir oposiciones binarias. La banda de Moebius es una figura tridimensional o anillo que se forma uniendo las puntas de un rectángulo o una cinta de papel luego de hacerle sufrir a una de ellas una torsión de 180 grados. En el caso del cuerpo, esta figura muestra que no es posible oponer exterior e interior, pues en la banda de Moebius ambas caras están en continuidad. Los fenómenos relacionados con el cuerpo son entonces concebidos como si se tratara de elementos en una estructura. Esta estructura es de naturaleza particular, a saber, un sistema “determinado fundamentalmente como tentativa de organización de su propia carencia (manque)” (English: lack) (ibid.:28). Al usar este modelo Leclair está también tomando distancia del modo en el cual la escuela kleiniana se apoya en la fantasía inconsciente para sustentar sus construcciones teóricas:

“En el modelo de la banda de Moebius hay sólo una cara. Yo La necesidad de verdaderas controversias en psicoanálisis. 134 - prefiero esto como modelo o imagen del cuerpo. Es, cuando menos, el único modelo que nos permite no entrar en las contradicciones fantosmas del paciente que tenemos que analizar. Y como yo decía, siempre es preferible no entrar en la fantasía para poder analizarla” (p. 35 y 36).

La discusión pasa a continuación a centrarse en la importancia de la fantasía inconsciente o de los modelos estructurales para la concepción del cuerpo:

I: *La palabra elemento en una estructura... no es el lenguaje yo-cuerpo, yo-paciente. Me duele el corazón, es muy claro, aunque no sé cómo ni por qué, porque tampoco sé qué es un elemento. En cambio sé que me devora acá, adentro. Este es el lenguaje yo cuerpo, así hablo y así me explico. En este plano esta es la ventaja de este lenguaje.* (p. 36-37).

SL: *Pero yo lo diría de otra forma. Usted evocaba el problema de los elementos. Yo le hablaba recién de la representación de una superficie, la que me parecía preferible para hablar del cuerpo, para figurar, para representar la función del cuerpo”* (p.37). (Sigue una explicación sobre la concepción del cuerpo de J. Lacan)

I: *Cuando Ud. planteó ese papel de la superficie, yo pensé que Ud. seguiría hablando de la superficie, pero como membrana, como lugar de intercambio. Y que quizás en esto hay una fuente de diferencias entre el pensamiento que expuso y el que más admitimos. Esta situación de intercambio creo que es el origen de la preeminencia del modelo oral (p. 43).*

SL: *Le voy a decir por qué no lo hago [hablar del cuerpo de la forma que le sugieren]. Porque yo pienso que no hay otra sustancia en el cuerpo. (...) Pienso que la sustancia misma está hecha con estos elementos coincidentes y antinómicos. Es eso lo que constituye la textura misma de la superficie, es decir del cuerpo..." (p. 43).*

Quisiera ahora comentar estos diálogos, poniendo énfasis no tanto en el contenido de la discusión, sino en el modo de argumentar y, en especial, en aquellos aspectos que facilitan o dificultan que las dos hipótesis sean examinadas con profundidad y en pie de igualdad. Me limitaré a los primeros dialogados.

La pregunta inicial de Leclaire tiene una forma retórica particular: “¿Se representan Uds. el cuerpo de otra forma que ...?” Esta pregunta encierra dos aspectos: el modo en que él entiende la posición de la otra parte, y una argumentación en contra de esta posición así entendida. Esta argumentación se centra en dos críticas: la ingenuidad y la distancia con la clínica.

Entre las varias respuestas, la que he transcrito es la que da respuesta en forma más directa a la pregunta de Leclaire. Quien hace uso de la palabra rechaza la posición atribuida y la forma de descripción (“Usted mata la metáfora⁸...”) y reformula el problema en términos de fantasía inconsciente, expresada en un lenguaje vivencial. Leclaire reitera su opinión sobre el aspecto digestivo de la metáfora de la incorporación, y propone como alternativa la metáfora de la introducción de un elemento en una estructura (en otras partes del texto señala la necesidad de tomar distancia de la biología para diferenciar el objeto de la necesidad del objeto del deseo). Pero antes de seguir por este camino, que es el que toma la discusión, corresponde examinar con más detenimiento los argumentos esgrimidos.

El primer argumento de Leclaire es el de la ingenuidad de la otra posición. En este contexto esta palabra puede tener varias acepciones. En un extremo, “ingenuo” implica una descalificación, connotando falta de sofisticación o de mundo (como cuando se dice que un provinciano es ingenuo, por comparación con un habitante de la metrópolis). Nada explícito alude a este sentido, pero el mismo no puede dejarse totalmente de lado, pues está

⁸ En cuanto al tratamiento de la metáfora, es posible decir, en términos de Lakoff y Johnson (1980), que Leclaire está considerando como una simple metáfora física lo que en su origen es una metáfora estructural que da expresión a una gestalt experiencial (p. 101). Este procedimiento argumentativo convierte al adversario en un hombre de paja. En consecuencia se detienen el examen y la discusión de las diferencias a nivel de las premisas, o sea, el papel que juegan las experiencias de proyección e introyección en la teorización psicoanalítica sobre el cuerpo.

presente en muchas de las controversias que se dan entre las metrópolis y la periferia. El uso explícito de la palabra “ingenuo” parece más bien referido a la ingenuidad filosófica, como insuficiente reflexión crítica sobre los problemas.

Los oyentes parecen haberlo tomado en este sentido, pues en otro momento dice uno de los participantes:

I: *“Creo que hay que separar completamente el sentido del clivaje en la escuela lacaniana y en la escuela kleiniana. M. Klein se imagina un nivel ingenuo, podríamos decir desde el punto de vista filosófico, mientras que Lacan está mucho más cerca de lo que Heidegger llama la diferencia ontológica...”* (p. 111).

Esta atribución de ingenuidad filosófica, al parecer, fue tácitamente aceptada, dado que no mereció ulterior discusión. Esto es llamativo, pues las referencias anteriores colocaban la discusión en un nivel filosófico no ingenuo. Diversas intervenciones hicieron notar que el objeto interno kleiniano es un objeto dotado de intencionalidad, lo cual situaría el problema dentro de una tradición de la filosofía de la mente que va de Brentano a autores actuales como Dennet, Davidson, etc. ¿Por qué no se rechazó la atribución de ingenuidad filosófica? ¿Para evitar una controversia frontal?

Sin embargo, Leclair no parece esperar que se eluda este tipo de confrontación, como lo prueba el siguiente diálogo:

I.: *“La escuela kleiniana postula como hecho primario la intencionalidad, y Ud. plantea como hecho primario la diferencia establecida por la división del sujeto”* (p. 26).

SL.: *“Plantear como fundamental una intencionalidad es un resto de religiosidad, una forma de poner en algún lugar del cuerpo una intención divina, como lo hace el vitalismo, hay una energía vital que va hacia algo. Es superfluo”* (p. 26).

O en otro momento:

I: *“... el parentesco tal vez mayor de la concepción kleiniana, es con un pensamiento como el de Brentano, en el sentido del objeto constituyendo al sujeto, o de la relación de objeto constituyendo al sujeto”.*

SL: *“El privilegio acordado al objeto como único constitutivo del sujeto intenta relegar la primacía lógica del significante”* (p. 27).

En realidad no encontramos un verdadero examen de los fundamentos que lleven a preferir los conceptos de intencionalidad y fantasía inconsciente, por un lado, frente a los de significativo y de división del sujeto, por otro, o viceversa. Cada parte da por supuesta la superioridad intrínseca de unos sobre otros, sin que pueda apelarse a la fuente de esta evidencia.

Si pasamos ahora al segundo argumento manejado por Leclaire (la correspondencia con los datos psicoanalíticos que surgen de nuestra experiencia), es llamativa la ausencia de referencias a material clínico en toda la discusión, pese a que fue invocada por Leclaire en apoyo de su posición. Cuando Leclaire desarrolla su modo de entender la incorporación como introducción de elementos en una estructura, aportando la metáfora de la banda de Moebius, del lado de los participantes, se argumenta la ventaja de un modelo relacional, basado en los movimientos de proyección e introyección (*“yo pensé que Ud. seguiría hablando de la superficie, pero como membrana, como lugar de intercambio”*), y de un lenguaje más apegado a la experiencia clínica (*“Este es el lenguaje yo-cuerpo, así hablo y así me explico”*). Varias preguntas intentan especificar el término “estructura” en relación con las estructuras intrapsíquicas, o en relación con la estructura familiar, pero estas aproximaciones no son aceptadas como válidas por Leclaire. No hay una adecuada traducción de lo que se entiende como el carácter transindividual del inconsciente o del campo de acción del significativo a los términos y categorías de la otra parte. No hay tampoco una vía abierta para constituir un campo de discusión que permita tematizar las diferentes premisas.

En definitiva, el examen de los dos argumentos, el de la ingenuidad y el de la relación con la clínica, quedó detenido y se convirtió en la presentación de metáforas alternativas.

La dificultad para una referencia clínica común se reitera en las discusiones de material clínico presentado por los participantes. Las cinco reuniones dedicadas a este fin tampoco permitieron avanzar en este sentido, pues chocaron con el hecho de que existían distintos modos de considerar el material. Para la tradición kleiniana local la escucha clínica debía jerarquizar en primer lugar las fantasías transferenciales-contratransferenciales, puesto que ellas expresaban los cambios en las relaciones objetales inconscientes del paciente. Para Leclaire, siguiendo a Lacan, en cambio, el acento debía estar puesto en aquellas modificaciones del discurso del paciente a través de las cuales se ponía de manifiesto el deseo inconsciente.

En la cuarta de las cinco reuniones, Leclaire resume del siguiente modo las diferencias de enfoque:

SL: *“En el conjunto, para darles una idea de la forma en la que nosotros trabajamos, nosotros intervenimos en una forma mucho menos sistemática y hay sesiones en las que no intervenimos para nada. [Nosotros intervenimos] Cuando algo se impone, del orden de la repetición, de una cierta insistencia, de palabras, de figuras, de fórmulas, de evocaciones de situaciones. Mi impresión aquí es que una serie de intervenciones [del analista] no dejan desarrollar el discurso del paciente. Eso viene a agregar algo a su propio embrollo personal”* (p. 181).

(...)

“Nosotros no pensamos que la transferencia sea la presencia de sentimientos reales. Nosotros consideramos como transferencia lo que se despliega en el campo de nuestra no-respuesta al deseo del paciente. (...) Nosotros no respondemos como persona humana (p. 182).

(...)

Si nosotros reintroducimos nosotros mismos representaciones de relaciones interpersonales, atenuamos y en algunos casos anulamos, la especificidad de la relación analítica.

(...)

Él (el paciente) habla, es eso lo que le pedimos y basta con saber que las palabras son efectivamente portadoras de las tensiones pulsionales para no tener necesidad de recurrir a esta especie de ambiente sentimental. El sentimiento, por definición, es la confusión (p. 183).

De hecho, los comentarios de Leclaire a los casos clínicos anteriormente presentados se habían limitado a aspectos generales del paciente y su psicopatología, o a temas teóricos, por más que las preguntas de la audiencia apuntaban a cuestiones muy concretas relacionadas con el momento-a-momento de la sesión. Pero estas diferencias en la forma de considerar el material clínico no fueron incluidas entre los puntos a discutir.

La discusión posterior

El cotejo entre las ideas kleinianas y las lacanianas reapareció en forma esporádica en algunas publicaciones de la década. Los ejemplos que he encontrado no son de verdadero debate entre dos contendientes, sino exposiciones realizadas desde el interior de una de las perspectivas. Pese a este carácter unilateral, permiten estudiar el tipo de argumentación empleado.

Uno de los primeros tópicos discutidos es el de la relación entre el Edipo “temprano” descrito por Melanie Klein y el Edipo “tardío”, tal como surge de la relectura de Freud realizada por J. Lacan.

Uno de estos trabajos considera valiosa la contribución kleiniana, pero sostiene que debe ser reformulada a partir de las premisas lacanianas:

“Importa destacar que estas consideraciones no implican devaluar ni desconsiderar los profundos e importantes aportes kleinianos, sino sólo señalar la necesidad de ubicarlos en el contexto imaginario al que pertenecen y así poder articularlos más adecuadamente con la estructura simbólica pertinente” (Szpilka, 1976: 295).

El autor señala lo que en su opinión constituye la debilidad de la posición kleiniana:

“La concepción de “Edipo temprano” y “Edipo tardío” disuelve el Edipo mismo. El Edipo es o no es” (...) “Estamos, pues, [en el caso del Edipo temprano] kleiniano] en el centro de un error teórico y metodológico que podríamos rotular como inversión y empirización de los tiempos de determinación” (p. 294).

Vemos que en este caso se parte de la superioridad de ciertas premisas (las cuales hacen ver como insuficientes las descripciones empíricas o cronológicas, y sostienen la necesidad de una perspectiva estructural) y a partir de ellas se concluye la falencia de la otra posición, por no tomar en cuenta esas premisas de igual manera.

Una postura algo diferente de la misma época es la que sostiene que si bien se da en M. Klein la ausencia del concepto de función simbólica paterna, eso no quita validez a su forma de trabajar el problema a nivel clínico. Para Haydée Faimberg, el tratamiento de Richard muestra que M. Klein pudo dar su significado simbólico a la experiencia de la guerra vivida por su paciente, pese a que ella no disponía del concepto de función simbólica del padre. M. Klein fue, así, capaz de dar *“una respuesta desde la clínica a la pregunta que ella no formula en el nivel teórico”* (Faimberg, 1976: 161). *“Pienso que el concepto faltante dentro de la teoría kleiniana es el que articula la idea de ‘pene ausente’ con la de ‘falo’”* (p. 157).

En este trabajo, si bien la autora deja explícitamente de lado los problemas de compatibilidad entre los distintos esquemas referenciales (p. 149), propone una solución que implica una cierta complementariedad, en la que Lacan ofrece el marco teórico general, dentro del cual ciertos aspectos de la clínica kleiniana pueden ser revalorizados y formulados de otra manera.

W. Baranger es el autor que realizó una comparación más profunda y sistemática de las ideas de M. Klein y J. Lacan durante ese período. Mencionaré sólo algunos fragmentos de sus trabajos, en especial aquellos en los que retoma la discusión con las ideas de S. Leclaire⁹.

Baranger (1980a y b) intenta delimitar las zonas de validez de la teoría kleiniana y de la teoría lacaniana. Comienza por señalar las zonas de divergencia entre M. Klein y J. Lacan: el complejo de Edipo, la oralización de la vida pulsional, el objeto total como síntesis de los objetos parciales, el proceso de formación de símbolos, el papel de la introyección y la proyección en la modificación del objeto, la ubicación del pecho como objeto prototipo, el concepto de objeto parcial como tipo único primitivo de la relación objetal. Señala también coincidencias, como por ejemplo la descripción de la fantasía del cuerpo fragmentado. (1980a: 133) Da la razón a Lacan cuando critica la noción de paso del objeto parcial al total, cuando marca la diferencia entre demanda y deseo, o cuando muestra el carácter de señuelo del fetiche. Pero no cree que esto permita dar por resuelto el problema de la diversidad de categorías posibles del objeto, ni mucho menos abandonar todos los conceptos de un autor en beneficio de los del otro.

Retoma el diálogo con Leclaire, comparando el alcance clínico de las nociones tales como objeto interno, significante o representación:

“Hablar de representación, como lo hacía Freud, o de significante, como lo hace Lacan, o de Letra, como lo hace Leclaire, no permite dar cuenta del tipo de existencia objetal que Freud describe en “Duelo y Melancolía”. Que no se nos diga que estos fantasmas son metafóricos, que se trata de objetos imaginarios. Freud usa a veces el concepto de objeto imaginario (o imaginado, fantaseado), pero no deja ninguna duda de que se refiere entonces a algo muy distinto de lo que describe en el

⁹ Un análisis de la forma en la que W. Baranger compara las ideas de Klein y Lacan en relación con el tema de la contratransferencia puede encontrarse en B. de León (2000), y B. de León y R. Bernardi (2000).

proceso de duelo, o algo que sí pertenece al orden de la representación” (1980b: 316-7).

Para Baranger existen diferentes tipos de objetos, que son irreductibles entre sí:

“No se puede tratar a un fetiche como a un muerto vivo, ni como a una autoimagen omnipotente. Este es un claro ejemplo de los casos en que una teoría prematuramente unificada puede engendrar una técnica simplista” (ibid: 319).

Baranger procura apoyarse en argumentos tomados de la experiencia clínica, retomando la discusión con S. Leclaire en base a ellos:

“Si renunciáramos al trabajo sobre el objeto, a la reducción de los clivajes, al movimiento inverso al de la identificación proyectiva, renunciaríamos al mismo tiempo, no sólo al concepto kleiniano de objeto interiorizado, sino también al concepto kleiniano y freudiano de mundo interno. ¿Por qué pensar -nos preguntaba Leclaire- siempre los fenómenos en términos de dentro y fuera, introyección y proyección, cuando hay otras categorías posibles...? Porque -podríamos contestar- todo un aspecto, muy importante de nuestro trabajo consiste en lidiar con este tipo de existencia ambigua, dotado de una cierta sustancialidad distinta de la representación y más cercana al tipo de existencia del sujeto (...) al cual llamamos objeto interiorizado” (ibid: 320).

Tanto los textos citados, como otros posteriores, dejan la impresión de una controversia que en modo alguno quedó agotada, si bien sólo logra desenvolverse en forma entrecortada o incluso circular.

Durante un reciente debate que tuvo lugar en Buenos Aires (2000), entre analistas de orientación lacaniana (J. A. Miller, E. Laurent, y otros) y kleiniana (H. Etchegoyen, S. Zysman, y otros) vemos reaparecer con escasa modificación algunos de los temas mencionados anteriormente.

Dice por ejemplo Miller:

“... la idea de la introyección y la proyección supone la distinción de lo externo y lo interno, y sé que para muchos de los asistentes [al debate] es un encuadre mental pensar en estos términos. Deben saber que Lacan no piensa en esos términos, y su uso de la topología es precisamente para dar cuenta de otra conformación que no se presta a la diferencia de lo interno y lo externo.” (Stagnaro & Wintrebert, 2001: 122).

A pesar de los esfuerzos de distintos participantes y en especial de H. Etchegoyen (ibid: 83 y 84) por focalizar el debate en puntos en los que existía una clara discrepancia (el papel de las resistencias del paciente, de la envidia y de la voracidad, de la relación con el cuerpo y la biología, etc.), el cotejo de ideas no logra avanzar en relación a los que tuvieron lugar en la década de 1970. Aunque el encuentro se anuncia como *“una investigación clínica compartida”*, las referencias a material de pacientes son casi inexistentes y es

posible inferir que habría sido muy difícil encontrar criterios comunes de evidencia clínica.

Ciertamente estas dificultades no son exclusivas de los debates que tuvieron lugar en el Río de la Plata. Si se examina la literatura a nivel mundial, se ve que la ausencia de una confrontación sistemática entre las distintas corrientes psicoanalíticas tiene un carácter general. Resulta, por tanto, conveniente examinar con más detención los procesos que obstaculizan el avance de la argumentación.

Características de la argumentación

¿Pueden encontrarse, con base en lo expuesto, razones que expliquen cuándo y por qué se detiene el desarrollo de la argumentación, y proponerse hipótesis acerca de los caminos que hubieran hecho progresar el debate? Creo que estas cuestiones son fundamentales, pues hacen a la utilidad práctica de este tipo de análisis.

Volvamos a la discusión con Leclaire. En ella se logró un avance significativo en cuanto a identificar y exponer algunos puntos importantes de discrepancia. Como vimos, la exploración de los argumentos de una y otra parte permitió confrontar conceptos tales como los de intencionalidad, fantasía inconsciente, por un lado, y los de estructura y sujeto dividido, por otro. Pero a partir de este punto se detuvo el avance: la cuestión quedó formulada en términos de la superioridad intrínseca de unos conceptos sobre otros, cuestión que, en abstracto, resulta indecidible para el psicoanálisis. ¿Qué ocurrió cuando la confrontación se planteó a nivel de las premisas? El intento de generar convicción ya no se apoyó en el proceso argumentativo dialéctico sino en el poder persuasivo de los enunciados, como ocurre en el género epidíctico, utilizado en la prédica o en las proclamas (Perelman, 1958:62). Las afirmaciones se volvieron autoevidentes y se confió en que ellas podían lograr la adhesión por su sola fuerza expresiva, lo cual conduce a peticiones de principio.

¿Qué caminos hubieran permitido un avance? Existían dos posibles caminos, que resultaron ambos fallidos por razones que señalaré. Si se querían discutir los conceptos mencionados (intencionalidad, estructura, etc.) en su dimensión filosófica, entonces era necesario situar la controversia en el campo de la filosofía y recurrir a sus métodos. Pero esto colocaba la discusión fuera del ámbito del psicoanálisis, formulando cuestiones que no podían ser resueltas a partir de su método. Esto no significa que el psicoanálisis no pueda incluir una dimensión filosófica, pero para que pueda opinar con propiedad sobre ella, es necesario que los problemas sean formulados en términos que permitan hacer referencia a las fuentes de evidencia empírica que aporta el método psicoanalítico. Esto orienta el debate hacia la segunda alternativa: el de la discusión acerca de la utilidad clínica de los conceptos controvertidos.

Sin embargo, esta dimensión clínica tampoco pudo ser desarrollada, pues faltó un lenguaje compartido que permitiera discutir a ese nivel. El tipo de consideraciones sobre los pacientes formuladas por Leclaire durante la discusión del material clínico exigía una aceptación previa de sus premisas de nivel técnico. A su vez, lo mismo le sucedía a Leclaire con el análisis momento-a-momento de la sesión, solicitado por muchos de los participantes, el cual, desde su perspectiva, resultaba irrelevante e impropio. Esto dejaba fuera de la discusión todo un conjunto de conceptos y de modos de abordaje que habían tenido una significación esencial en el psicoanálisis del Río de la Plata, tales

como los conceptos de campo, vínculo, situación analítica, contratransferencia, interacción comunicativa, etc.

¿Podría haberse constituido un campo de debate que les diera cabida a una y otra perspectivas? Sí, pero ello requería que cada parte aceptara poner en discusión su modo de considerar el material clínico, sopesando las ventajas y desventajas de cada uno de los enfoques. El juicio sobre la propiedad o relevancia del análisis momento-a-momento de los movimientos transferenciales o de una escucha más diferida en el tiempo del discurso del paciente no debería surgir de una toma de partido previa, sino de un examen de los efectos de estas posiciones técnicas sobre el proceso analítico y los resultados del análisis. Para ello deberían ser discutidas las ventajas y desventajas de considerar el material de una u otra forma, de dar importancia a los afectos, o a los significantes, de que el analista intervenga de una u otra manera, etc., permitiendo que ambas posiciones se desplieguen en pie de igualdad durante el diálogo. Hemos visto que esta apertura se logró sólo en algunos momentos, para cerrarse enseguida. Por tanto, al no poder dar lugar a nuevos cuestionamientos sobre los supuestos de cada posición, la controversia se agotó en un punto en el cual podría haber sido relanzada.

En las confrontaciones posteriores se dio un cambio significativo. En la discusión con Leclair las divergencias se plantearon en términos de posiciones contrapuestas, lo cual llevó a que los argumentos buscaran favorecer una de las disyuntivas frente a la otra. En cambio, en los trabajos ulteriores, si bien se tomaron en cuenta algunas zonas de oposición o contradicción entre los dos enfoques, existió al mismo tiempo el intento de encontrar algún tipo de complementariedad o puntos de coincidencia entre ambos.

Tomando estos debates en su conjunto, vemos que los pasos sucesivos reclamados por van Eemeren et al., esto es, el acuerdo acerca de cómo proceder frente a los desacuerdos y la exploración tan extensa como necesaria de las posiciones, encontraron dificultades de distinto tipo.

Respecto del primer punto no encontramos una exposición clara de los procedimientos o criterios que permitirían demostrar la superioridad de unas ideas o enfoques técnicos sobre otros. Las diversas líneas argumentativas con la excepción de Baranger, se apoyaron en el carácter evidente que cada parte atribuía a sus premisas.

Examinando con más detención el tipo de argumentos utilizado, vemos que no puede afirmarse que en forma explícita o implícita se recurriera a los criterios popperianos de refutación o a los del inductivismo eliminativo. Tal vez alguna de las referencias clínicas utilizadas por W. Baranger en su argumentación podrían eventualmente ser ampliadas en esa dirección (1980c: 55), aunque este camino no ha sido desarrollado por el autor. Tampoco encontramos que se pueda aplicar el modelo kuhniano de las revoluciones científicas. Observando la evolución posterior de las ideas kleinianas y lacanianas, tanto en el Río de la Plata como en otras regiones, no resulta adecuado decir que un nuevo paradigma sustituyó a otro, pues las ideas nuevas coexistieron y coexisten en gran medida con las anteriores. Continuando el análisis del tipo de argumentación, vemos que tampoco se ha buscado demostrar la falta de coherencia de una u otra de las posiciones. A lo más, se señaló la debilidad o inconsistencia de ciertos enfoques (por ejemplo, el kleiniano) para dar cuenta a nivel teórico de algunos fenómenos (p. ej., el papel simbólico del padre), o la limitación del enfoque laciano para recoger las cualidades emocionales de la experiencia analítica. Pero, propiamente

hablando, no se trata de una crítica interna, pues ella es formulada a partir de los postulados de la otra teoría y no desde premisas comunes. Los argumentos basados en la consistencia externa, esto es, la concordancia con el estado actual de los conocimientos en otras áreas, podrían estar implícitos en la afirmación de Leclaire de la superioridad de la posición estructuralista. Como en casos anteriores, esta superioridad depende de la perspectiva que se adopte como punto de partida y la estrategia argumentativa pasa a ser, entonces, el colocar en la otra parte la carga de la prueba (Gaskins, 1992). Pero si esta estrategia es utilizada por ambas partes, necesariamente se corta la comunicación.

En gran medida los debates examinados pueden ser descritos como una competencia entre metáforas o modelos analógicos (el cuerpo como recipiente o Banda de Moebius, el complejo de Edipo como estructura, etc.). Las metáforas y analogías pueden cumplir en la discusión un doble papel. Por un lado sirven para dar expresión a intuiciones clínicas que por otros medios no se podrían comunicar¹⁰. Pero esas mismas metáforas pueden convertirse en clichés o estereotipos que favorecen el aislamiento de las teorías o su vaciamiento conceptual (Bouveresse, 1999), si su uso no se acompaña del examen de qué es lo que ellas permiten aprehender de la experiencia clínica y de cómo facilitan su traducción a términos teóricos.

Para que las controversias psicoanalíticas progresen es preciso que logren examinar simultáneamente qué es lo que cada una de las posiciones permite ganar en materia de inteligibilidad teórica y de comprensión clínica. La discusión exclusivamente teórica tiende a derivar hacia la especulación filosófica, así como la búsqueda de evidencia puramente empírica puede desconocer la forma en la que los conceptos teóricos influyen la observación de los hechos. La reflexión crítica sobre los conceptos teóricos debe por lo tanto unirse a la investigación empírica, sea ésta clínica o extraclínica.

La inconmensurabilidad entre las teorías no fue un argumento utilizado en la discusión, sino que surgió como efecto de los colapsos que se dieron en la comunicación. Cuando Leclaire señala que las emociones del paciente no son relevantes en su escucha clínica (que atiende a otro tipo de significantes) está diciendo que él toma en cuenta aspectos de los hechos clínicos que son distintos a los que jerarquiza M. Klein, para quien las ansiedades que aparecen durante la sesión juegan un papel esencial. En consecuencia, el hecho refinado (es decir, el que se toma en cuenta para elaborar la teoría) no es el mismo en los dos casos; esto permitiría hablar de una situación de inconmensurabilidad empírica en el sentido de Stegmüller (1979), puesto que las dos teorías no están hablando, en sentido estricto, de los mismos hechos (Bernardi, 1989). Sin embargo puede verse que en principio nada impedía que Leclaire y sus interlocutores hubieran superado esta situación de aislamiento mutuo, examinado las consecuencias clínicas de ambas posturas, esto es, los pros y contras de prestar atención a los afectos que surgen en el momento-a-momento de la sesión o de abstenerse de intervenir para favorecer la libre asociación del paciente. Las barreras no son de naturaleza lógica, sino psicológica, esto es, la renuencia a colocarse, aunque sea a modo de ensayo, en un punto de vista al que no se considera verdaderamente psicoanalítico.

¹⁰ Desde una perspectiva inspirada en Davidson es posible decir que la creación de metáforas expresa las "teorías al paso" ("passing theories") que el intérprete debe desarrollar para comprender comportamientos verbales inusuales. Mientras que en general se insiste en el papel de las metáforas en la transmisión de significados, para Davidson las metáforas cumplen una función de creación conceptual, y constituyen un ejemplo de interpretación radical (Quintanilla, 1999: 81).

La controversia osciló así entre dos polos. Por momentos fue posible explorar las ideas y los fundamentos clínicos de ambas partes, pero las más de las veces cada posición se encerró en sus propias premisas, perdiéndose la posibilidad de examinarlas desde un campo argumentativo compartido.

Los argumentos que no fueron utilizados constituyen también un fenómeno significativo. Estuvo ausente, por ejemplo, la pregunta acerca de los efectos que podría tener el que el analista adopte una u otra postura sobre los resultados del análisis. Leclair señala que ambas posiciones darían origen a diferencias a nivel del proceso analítico, pero no se menciona de qué manera esas diferencias en el proceso podían llevar a diferencias en el logro de los objetivos del psicoanálisis. Sin embargo, el problema de la evaluación de los resultados del análisis estaba siendo discutido en ese momento en el Río de la Plata, como puede verse en trabajos de ese período (Bleger, 1973).

Por último, resulta también llamativo que las contribuciones originales del Río de la Plata no se hicieran presentes en la discusión de las nuevas ideas. Con la excepción de W. Baranger, los discutidores recurrieron a las nociones originales de M. Klein, desprovistas de los agregados y modificaciones introducidas en el Río de la Plata por autores tales como E. Pichon Rivière, H. Racker, W. Baranger, D. Liberman, J. Bleger, etc. Si se me permite la metáfora, es como si ciertos aspectos del self verdadero del psicoanálisis rioplatense hubieran encontrado dificultad para expresarse en este diálogo. La inclusión de estos conceptos en las controversias hubiera ayudado a dar mayor continuidad histórica al pensamiento psicoanalítico rioplatense.

Conclusiones

El estudio de los ejemplos presentados sugiere algunas reflexiones de carácter más general. Las controversias científicas son necesarias pese a sus dificultades. Algunas de las dificultades señaladas más arriba se dan probablemente en todos los campos del conocimiento. Otros problemas, en los que me concentraré a continuación, son propios de los debates que se dan entre teorías que, si bien pertenecen a una misma disciplina, divergen en su forma de entender los criterios metodológicos y epistemológicos de dicha disciplina. Esto ocurre con frecuencia en el psicoanálisis y en las ciencias sociales. La posibilidad de verdaderos debates entre miembros de diferentes culturas psicoanalíticas constituye un doble desafío para el psicoanálisis. Desde el punto de vista epistemológico pone a prueba la capacidad de la disciplina para crear un campo argumentativo unitario cuando existen diferencias a nivel de las premisas. Al mismo tiempo invita a facilitar la creación de este campo por medio de una comprensión psicoanalítica de los factores inconscientes que dificultan el diálogo. Los ejemplos examinados sugieren también ciertos caminos de avance que también parecen tener validez general, si bien estas conclusiones deberían ser corroboradas por análisis pormenorizados de debates en otras latitudes.

Cuando las controversias se dan entre enfoques psicoanalíticos que difieren en sus premisas, se vuelve muy difícil circunscribir la discusión a determinados problemas teóricos o técnicos. Aunque en forma no siempre explícita, el examen de los discursos argumentativos muestra que lo que también se pone en discusión es la forma en la que cada una de las partes concibe la racionalidad y la cientificidad del psicoanálisis, es decir, el tipo de razonamiento científico al que cada parte recurre para sustentar sus posiciones teóricas y técnicas. A su vez, los puntos en los que la discusión se estanca muestran los problemas frente a los cuales la disciplina no logra establecer procedimientos para dirimir las cuestiones planteadas que resulten aceptables para todos.

Dos situaciones de este tipo merecen especial atención.

La primera de ellas está constituida por la dificultad para discernir la diferente naturaleza de las cuestiones que pueden estar incluidas en el debate. En consecuencia, no se logra identificar la metodología más apropiada para abordar cada una de estas cuestiones. Por ejemplo, en la discusión referida más arriba acerca del estructuralismo y de la filosofía de Brentano, para que el debate avanzara hubiera sido necesario clarificar primero cuáles eran los distintos niveles del problema que estaban en juego, distinguiendo el debate propiamente filosófico de la discusión sobre las consecuencias que estas ideas filosóficas acarrearán a nivel de la práctica psicoanalítica. Esta distinción habría permitido llevar la discusión también a un terreno accesible a la experiencia analítica. Veamos un segundo ejemplo: si la discusión se hubiera orientado hacia las consecuencias de ambas formas de analizar, entonces hubiera sido pertinente debatir sobre las distintas metodologías que pueden poner en evidencia los resultados de los análisis, ampliando así el campo de la discusión. Poner el énfasis en los problemas metodológicos lleva a un viraje en el debate, pues supone discutir no tanto sobre lo que se sabe sino sobre cómo se sabe (Tuckett, 1998:445).

Un segundo obstáculo que atenta contra el avance de las controversias tiene que ver con la dificultad de cada una de las partes para incluir en la discusión sus premisas y supuestos. Cuando cada posición se encierra en sus premisas se crean las situaciones de aparente inconmensurabilidad que he analizado en este trabajo. En ese caso, las divergencias a nivel epistemológico hacen que sea difícil encontrar criterios compartidos para evaluar la calidad de la argumentación. Sin embargo, como hemos visto, es posible crear un campo argumentativo compartido si se acepta comparar las diferentes posiciones a partir de lo que cada una de ellas aporta en materia de inteligibilidad teórica y de eficacia clínica. Más que el cotejo por separado de los argumentos teóricos o clínicos, lo que resulta útil en estos casos es la comparación de las ventajas y desventajas que presenta la forma en la que cada posición articula las ideas teóricas y la práctica clínica.

Llegados a este punto podemos ver que el logro de consensos no es el objetivo único de las controversias. Debemos más bien procurar que ellas permitan que las distintas hipótesis en juego interactúen entre sí y estimulen una mejor fundamentación de cada una de ellas. De esta forma se favorece el desarrollo de la disciplina. También podemos esperar que el esfuerzo de mirar un problema desde distintas perspectivas resulte enriquecedor en el plano personal. Sólo se puede debatir si existe la voluntad de hacerlo, es decir, si predomina el deseo y la esperanza de que en el curso de la discusión encontremos algo que no habíamos pensado previamente, o que al menos no lo habíamos pensado de esa forma. Pero si como analistas hemos perdido el deseo y la esperanza de encontrar algo nuevo, eso quiere decir que tal vez ha llegado la hora de un reanálisis para evitar las consecuencias del burn-out profesional (Cooper, 1986).

Las controversias exigen un particular esfuerzo intelectual y emocional, vinculado a la aceptación del otro en cuanto diferente. La recompensa que podemos esperar de este esfuerzo no reside exclusivamente en una reducción de los desacuerdos: debemos más bien pedirle a las controversias que nos ayuden a desarrollar teorías mejor sustentadas, que estimulen el examen más cuidadoso de nuestras pruebas (*evidence*) clínicas, y que nos recuerden que siempre existen hipótesis alternativas, cuya consideración cuidadosa puede llevarnos tanto a fortalecer nuestras convicciones previas, como a hacernos sentir la necesidad de revisarlas y modificarlas, impulsándonos así a la búsqueda de nuevas ideas.

Bibliografía

BARANGER, W. (1976). El "Edipo temprano" y el "complejo de Edipo". *Revista de Psicoanálisis*, t. XXXIII, n. 2: 303-314.

————— (1980a). Acerca del concepto lacaniano de objeto. En: Baranger, W. y cols., *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu: 130-152.

————— (1980b). Conclusiones y problemas acerca del objeto. En: Baranger, W. y cols., *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu: 306-321.

————— (1980c). Validez del concepto de objeto en la obra de Melanie Klein. En: Baranger, W. y cols., *Aportaciones al concepto de objeto en psicoanálisis*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu: 46-63.

BERNARDI, R. (1989). The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. *International Journal of Psycho-Analysis* 70: 341-347. (También publicado como: El papel de las teorías. El papel de los determinantes paradigmáticos en la comprensión psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, XLVI, 6 (1989): 904-922)

————— (1992). On Pluralism in Psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry*, vol.12 (4):506-525. (Traducción castellana: Pluralismo en psicoanálisis. *Psicoanálisis. APdeBA*, vol. XVI, n. 3: 433-456. Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, 1994)

BERNARDI, R. & NIETO, M. (1989). What makes a training analysis "good enough"? 4th. *IPA Conference of Training Analysts, Rome*. (Publicado por la I.P.A. en inglés, español, alemán y francés.) También publicado en: *International Review of Psycho-Analysis* V. 19 (1992): 137- 146.

BERNARDI, R.; ALTMANN, M.; CAVAGNARO, S.; DE LEÓN, B.; DE BARBIERI, A.; GARBARINO, A.; FLORES, M.; FRIONI, M.; LAMÓNACA, J.; MORATÓ, R.; SEIGAL, J.; SCHROEDER, D.; TELLERIA, E. (1997). Cambios de la interpretación en el psicoanálisis del Uruguay entre 1960 y 1990. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*; 84/85:89-102.

BERNARDI, R. & DE LEÓN, B. (1992). ¿Incluimos nuestros presupuestos en la actividad de autoanálisis? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 76: 243-260. También publicado como: — Does our Self-Analysis Take into consideration our Assumptions? En: James W. Barron, Ed.: *Self-Analysis. Critical Inquiries, Personal Visions*. New Jersey: The Analytic Press.

BLEGER, J. (1973). Criterios de curación y objetivos del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, v. XXX, n. 2: 317-350. Bouveresse, J. (1999): *Prodiges et Vertiges de l'Analogie*. Paris: Editions Raisons d'Agir

BRITTON, R. & STEINER, J. (1994). Interpretation: Selected Fact or Overvalued Idea? *Int. J. Psycho-Anal.*, 75:1069-1078

CAVELL, M. (1993). *The Psychoanalytic Mind: From Freud to Philosophy*. Cambridge: Harvard University Press.

CONNOLLY, J. M., KEUTNER, T. (Eds.) (1988). *Hermeneutics versus Science. Three German's views. Wolfgang Stegmüller, Hans-Georg Gadamer, Ernst Konrad Specht*. Indiana: University of Notre Dame Press, Indiana.

COOPER, D.:1986. Some Limitations on Therapeutic Effectiveness: The "Burnout Syndrome" in Psychoanalysts. *Psychoanal. Q.*, 55:576-598

DAVIDSON, D. (1984). *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Clarendon Press.

DE LEÓN, B. (2000). The countertransference: a Latin American view. *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 81, t. 2: 331-351. [También publicado como: de León, B. (2000): Contratrtransferencia: una perspectiva desde Latinoamérica. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92: 71-104.

DE LEÓN, B. & BERNARDI, R. (2000). *Contratrtransferencia*. Buenos Aires, Ed. Polemos. DE LEÓN, B.; FRIONI DE ORTEGA, M. ; GÓMEZ DE SPRECHMANN, M.; BERNARDI, R.: (1998). *Cambios en la frecuencia del uso de la noción de contratrtransferencia, y su relación con los cambios en las teorías dominantes*. (Trabajo presentado al 4º Encuentro del Capítulo Sudamericano de la Society for Pshychotherapy Research (SPR): "Investigación Empírica en Psicoterapia". Montevideo, 25 al 27 de setiembre de 1998.

ETCHEGOYEN, R. H. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Amorrortu Ed.

FAIMBERG, H. (1976). *Richard a la luz de la guerra y de la estructura edípica*. *Revista de Psicoanálisis*, t. XXXIII, nº. 1: 149-168.

FEYERABEND, P. (1970). Consuelos para el especialista. En: Lakatos y Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona: Grijalbo, 1974.

FREUD, S. (1918). *From the History of an Infantile Neurosis*. SE. 17

FONAGY, P. et al. (Ipa Research Committee, 1998). An open door review of psychoanalytic outcome studies. // www.ipa.org.uk.

GASKINS, R. H. (1992). *Burdens of Proof in Modern Discourse*. Yale University Press. KUHN, TH. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

LAKATOS, I. (1970). La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales. En: Lakatos y Musgrave (eds.), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona, Ed. Grijalbo, 1975: 455-510.

LAKOFF, G. & JOHNSON, M. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago, University of Chicago Press.

LECLAIRE, S. (1972). *Visita del Prof. Serge Leclaire de la Escuela Freudiana de Paris. Trabajo realizado en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (Agosto 1972). Tomo I: Seminarios; Tomo II: Seminarios clínicos*.

LIBERMAN, D. (1972). Comentarios y contribuciones al trabajo de José Bleger. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2: 343-5.

MASTERMAN, M. (1972). La naturaleza de los paradigmas. En: I. Lakatos y A. Musgrave, *La crítica y el desarrollo del conocimiento*. Barcelona: Ed. Grijalbo: 159-202.

NIETO, M. (1976). Integración y diversificación entre diferentes esquemas referenciales. Su utilidad para el desarrollo teórico. (Suplemento de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, nº 8). PAZ, C. A. (1972). Comentarios y contribuciones al trabajo de José Bleger. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2: 345-350.

PERELMAN, CH.; OLBRECHTS – TYTECA, L. (1958). *Traité de l'Argumentation. La Nouvelle Réthorique*. Editions de la Université de Bruxelles, 1983. Quintanilla, P. (1999). La hermenéutica de Davidson: metáfora y creación conceptual. En: Carlos E. Caorsi (ed.) *Ensayos sobre Davidson*: 75- 98. Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria.

SANDLER, J. (1983). Reflections on Some Relations Between Psychoanalytic Concepts and Psychoanalytic Practice. *Int. J. Psycho-Anal.*, 64: 35-45.

SACKETT, D. L.; RICHARDSON, W. S.; ROSENBERG, W.; HAYNES, R.B. (1997). *Evidence-based medicine. How to practice & teach EBM*. New York Churchill Livingstone.

STAGNARO, J.C. & WINTREBERT, D. (Ed.) (2001). *Encuentro de Buenos Aires. El efecto mutativo de la interpretación psicoanalítica*. Buenos Aires, Polemos.

STEGMÜLLER, W. (1979). *The structural view of theories*. Berlín, Heidelberg; Springer Verlag.

STEINER, R. (1995). Hermeneutics or Hermes Mess? *Int. J. PsychoAnal.*, 76: 435-445.

SZPILKA, J. I. (1976). Complejo de Edipo y "a posteriori". *Revista de Psicoanálisis*, t. XXXIII, nº 2: 285-300.

SOKAL, A. & BRICMONT, J. (1999). *Impostures Intellectuelles*. Paris: Odile Jacob/Toulmin, S. E. (1958). *The uses of argument*. Cambridge University Press, 1969.

TUCKETT, D. (1998). Evaluating psychoanalytic papers. Towards the development of common editorial standards. *Int. J. of Psycho-Anal.*, 79: 431-48.

VAN EEMEREN, F. H.; Grootendorst, R.; Jackson, S.; Jacobs, S.: (1993). *Reconstructing Argumentative Discourse*. The University of Alabama Press.

WIDLÖCHER, D. (2000). ¿Qué ha ocurrido con las vías del psicoanálisis? Evolución de las prácticas en Francia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 92: 159-174.